

nos eleve hasta las eternas colinas (1). ¡Que esa bendición que hoy nos dais sobre la tierra, sea la prenda de esa bendición que debe permanecer para siempre sobre vuestros elegidos!... *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sanctus descendat super nos, et maneat semper.*

(1) Et rege eos et extolle eos usque in aeternum.

SERMÓN

SOBRE LA RESURRECCIÓN

Surrexit, non est hic. (San Marcos, xvi, 6.)

Resucitó, ya no está aquí.

El hombre que coloca una lápida sobre la tumba de un semejante suyo, acostumbra á grabar en ella la lúgubre y monótona inscripción: *Hic jacet*; aquí yace, aquí reposa... Para todos los hijos de los hombres el epitafio no puede ser jamás sino un recuerdo de muerte. Mas para el que fué á un tiempo mismo hijo del hombre é Hijo de Dios, hé aquí la magnífica inscripción que un ángel radiante, y en el colmo de la alegría, trajo del cielo y colocó sobre su sepulcro: *Surrexit, non est hic*; ha resucitado, ya no está aquí. Así se cumplió la grande profecía del hijo de Amós: «Su sepulcro será rodeado de gloria, su sepulcro mismo le será glorioso:» *Et erit sepulchrum ejus gloriosum* (1). Toda grandeza, todo poder de los reyes de la tierra concluye en la tumba; mas, al contrario, en el sepulcro comienzan el poder y el imperio del Rey de los cielos.

Hoy, pues, nuestro Divino Salvador puede gloriarse de haber sepultado en su tumba todos sus padecimien-

(1) *Isaias*, xi, 10.

tos, todos sus oprobios, y, como dice San Pablo, la misma muerte (1). Cumplió, pues, su palabra, realizó sus promesas, dejó probada su misión, confirmó su doctrina, y dió al mundo, según San Pablo, la prueba más brillante y más cierta de su divinidad (2). Porque, según San Gregorio, por su muerte especialmente nos reveló su amor, y por su resurrección nos ha revelado muy particularmente su poder (3).

Y pues que la gloria de la cabeza debe resaltar sobre sus miembros, aplaudamos hoy con trasporte, hermanos míos, la gloria de nuestro amado Salvador como si fuese nuestra propia gloria. Justifiquemos el santo júbilo que el recuerdo de ese misterio excita en todos los corazones cristianos, y para ello recordemos primero las magníficas profecías que habían predicho ese misterio, en seguida los prodigios que le acompañaron, y, por último, el gracioso anuncio que de él hicieron los ángeles. ¡Ojalá podamos nosotros encontrar en él un motivo poderoso para elevar nuestros espíritus y nuestros corazones de las miserias de acá abajo á la riqueza de los bienes del cielo! Pero imploremos desde luego la asistencia de la Reina de los cielos, felicitándola por el triunfo de su Hijo, que es también su triunfo. *Regina caeli.*

PRIMERA PARTE.

Una de las pruebas más luminosas de la divinidad de Jesucristo, es que ha sido el único hombre cuya vida entera ha sido referida antes de su nacimiento. Porque los misterios de Jesucristo no sólo han sido predichos

(1) Absorta est mors in victoria. (I. *Corinth.*, xv, 44.)

(2) Prædestinatus est Filius Dei... ex resurrectione mortuorum. (*Rom.*, I, 4.)

(3) Mortuus est ex voluntate; sed resurrexit ex potestate. (*San Gregorio.*)

todos por las palabras de los profetas, sino figurados todos por las acciones de los Patriarcas; porque, como dice San Agustín, la vida de los Patriarcas fué toda profética (1).

En efecto, así como la doble sustancia del primer hombre en la unidad del ser figuró la doble naturaleza de Jesucristo en la unidad de persona; como Moisés figuró su nacimiento, Abel su inocencia y su dulzura, Noé su ministerio, Melchisedech su sacerdocio, Isaac el sacrificio, Jacob la fecundidad, Job los padecimientos, David las persecuciones, Salomón la dignidad real, José la exaltación y Sansón la muerte, así también fué reservado á Jonás figurar su sepultura y su resurrección. El mismo Jesucristo quiso interpretar y aplicar á su persona esa grande figura histórica, cuando dijo: «Como Jonás despues de haber pasado tres dias y tres noches en el vientre de la ballena salió de ella vivo, del mismo modo el Hijo del Hombre, despues de haber pasado tres dias y tres noches en el seno de la tierra, saldrá de ella resucitado» (2). Ved, pues, hermanos míos, con qué fidelidad el misterio de este día ha sido pintado de antemano en ese antiguo cuadro.

Jonás pidió él mismo ser arrojado al mar: *Tollite me, et mittite me in mare* (*Jonás*, I, 12): y Jesucristo libremente se entregó en manos de los judíos para ser arrojado en lo que los profetas habían llamado el océano de las humillaciones y de las penalidades: *Magna est velut mare contritio tua* (*Thren.*, II, 13.) Porque la Iglesia entera, dice San Máximo, no podía evitar la perdición, si Jesucristo no era entregado á la muerte de cruz, del mismo modo que la nave de Jonás no podía escapar del

(1) Etiam vita patriarcharum prophetica fuit. (*San Agustín.*)

(2) Sicut Jonas fuit, tribus diebus et tribus noctibus, in ventre ceti, sic erit Filius hominis in corde terræ. (*San Mateo*, XII, 40.)

naufragio si el profeta no era arrojado al seno de las olas (1).

¿Quién es, pues, ese hombre tan extraordinario, tan singular, vuelve á preguntar San Máximo, que se deja arrojar con tanta confianza y singularidad en el seno de la mar embravecida (2)? ¿Quién es ese hombre que, cayendo en la boca devoradora de un monstruo marino, pudo ser engullido pero no devorado (3)? ¿Quién es ese hombre que, lanzado fuera de las condiciones de la humanidad, y como desterrado de la vida, no deja de viajar asociado con la vida y vencedor de la muerte (4)? ¡Ah! ese hombre prodigioso, verdadero prodigio él mismo, es Jesucristo en efigie, Jesucristo en figura, de quien la muerte, monstruo implacable, quiso apoderarse para devorarle, pero de quien la muerte quedó cautiva y reducida á temblar delante de aquél que habia hecho su presa (5). Es el mismo Dios que en otro tiempo, mandando á la ballena, la obligó á dejar en tierra sano y salvo al Profeta, y el mismo que mandando á la muerte, la obligó á devolver al mundo al Salvador resucitado (6).

¿Quién podría, continúa San Máximo, celebrar bastante el poder de Dios, cuando, por el asombroso prodigio de la libertad del Profeta, quiso pintar de antemano con rasgos tan pronunciados y tan fieles el prodigio todavía más asombroso de Jesucristo libre de las ligadu-

(1) Nisi Jonas passum daretur, navis periculum non sedaretur; sic nisi morte Christi non liberaretur ecclesia. (*San Máximo.*)

(2) Quis iste qui vastissimus sinus ingreditur? (*Ibid.*)

(3) Quis est iste qui inter avidus rictus absumi potest, consumi non potest? (*Ibid.*)

(4) Quis est iste qui demissus in alienam rerum naturam, in vitæ exilium, cum vita peregrinatur, mortis superstes? (*Ibid.*)

(5) Dominus noster Jesus Christus est, quem mors implacabilis bellua, in escam suam rapuit, et prædam suam captiva contremuit. (*Ibid.*)

(6) Præcepit Dominus pisci, et evomuit Jonam in aridam; præcepit morti et mundo restituit Salvatorem. (*Ibid.*)

ras de la muerte (1)? ¿Quién podría tampoco celebrar bastante la sabiduría de Dios, cuando quiso dar de ese modo con anticipación la prueba más sensible del misterio de este día, y preparar de lejos al mundo á creer en él? ¿Cómo, en efecto, se atrevería nadie á negar en la persona del Señor un prodigio cumplido hacía ya muchos siglos en la persona del siervo (2)?

Pero, independientemente de esa grande y espléndida profecía en acción, hizo Dios predecir también el mismo misterio de Jesús resucitado por las palabras de todos los profetas, y muy particularmente de David. Por boca del Santo Rey, el Mesías mismo dijo con más de diez siglos de anticipación: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Dios no dejará mi alma en los lugares subterráneos, y preservará el cuerpo de su Mesías de la corrupción del sepulcro (3).» Por boca del mismo David, el Mesías dijo también: «Dormiré con toda seguridad el sueño de la muerte; pero resucitaré, porque mi humanidad ha sido unida á la Divinidad (4).» Y, en fin, por boca de David, Jesucristo pronunció aquellas admirables palabras: «Mi carne volverá á comenzar á florecer (5).» ¡Palabras admirables! yo os repito, porque, dice San Ambrosio, la carne del Salvador refloreció verdaderamente cuando resucitó (6).

¿Podría imaginarse una profecía más suave y más graciosa? Esa carne inmaculada, esa carne, como divinizada por el misterio de la Encarnación, puede decirse

(1) Videmus in Propheta et mortem pariter, et resurrectionem Domini apertissimè figuratam. (*San Máximo.*)

(2) Hæc credere cur renuis in Domino, quod impletum cernis in servo? (*Ibid.*)

(3) Caro mea requiescet in spe, quoniam non derelinques animam meam in inferno, nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem. (*Salmo xv, 10.*)

(4) Ego dormivi, et soporatus sum et resurrexi, quia Dominus suscepit me. (*Salmo iii, 6.*)

(5) Refloruit caro mea. (*Salmo xxvii, 7.*)

(6) Refloruit Dominus, cum resurrexit. (*San Ambrosio.*)

muy bien que había florecido en cuanto fué unida á la persona del Verbo. Entonces fué cuando aquella flor nazarena llena de gracia y de verdad, salió de la vara de Jesé, del seno virginal de María (1). El ciego furor de los judíos quiso desarraigar aquella amable flor de la tierra de los vivientes, de que era el ornamento y las delicias (2). Y hé ahí que esa flor divina consintió por sí misma, de su buen grado, en ser hollada, pulverizada para utilidad y provecho de los mismos que la pisoteaban. Cediendo menos á la crueldad de aquellos que á su propio amor, se la vió inclinarse á tierra pálida, deshojada, marchita cuando Jesucristo murió en la cruz y fué enterrado en el sepulcro (3). Pero no perdió nada de su perfume; la muerte, al separar realmente del cuerpo de Jesucristo su alma santísima, no separó el alma ni el cuerpo de la Divinidad, á la que toda la humanidad de Jesucristo se hallaba hipostática é inseparablemente unida. Así, aquel santo cuerpo, que reposó tres días en el seno de la tierra, conservó siempre, permaneciendo unido á la persona del Verbo, el principio, el germen de la inmortalidad y de la vida. Por consiguiente, esa divina flor, al recobrar hoy su alma y la fuerza de su vegetación divina, ha podido levantar de nuevo sobre su tallo su abatida cabeza, ha podido reanimarse y desplegar con nueva magnificencia todos los encantos, todas las riquezas de sus colores y de su belleza. Por manera, que la resurrección del Salvador no fué más que la nueva florescencia de su santa humanidad (4).

¡Cuán dulces bajo todos los aspectos, cuán tiernos, cuán deliciosos, cuán sublimes de meditar son los mis-

(1) Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet. (*Isaias*, xi, 1.)

(2) Eradamus eum de terra viventium. (*Jeremias*, xi, 19.)

(3) Flos Libani elanguit. (*Nahum*, i, 4.)

(4) Refloruit Dominus, cum resurrexit. (*San Ambrosio*.)

terios de la Religión! ¡Cómo hablan á un tiempo al espíritu, al corazón, á la imaginación, á todo el hombre para realzarle, ennoblecerle y santificarle!...

SEGUNDA PARTE.

¿Nos será ahora lícito el volver á repetir fielmente por nuestras palabras la gloria de los prodigios que acompañaron esa *reflorescencia* y esa resurrección admirable, tan magníficamente figurada y predicha, y hoy tan divinamente cumplida?... En un solo y mismo instante, por la virtud del Verbo, el alma de Jesucristo se reunió á su cuerpo, y el cuerpo *revivificado* se revistió de la gloria de la Divinidad. Este santo cuerpo, en efecto, deponiendo el sudario que le envolvía, haciendo desaparecer la sangre de que se hallaban bañados sus miembros, y cerrando todas las llagas que le desfiguraban, excepto las de su costado, de sus piés y de sus manos convertidas en brillantes cicatrices, en gloriosos testimonios de su identidad, aquel santo cuerpo adquiere de repente todos los privilegios de un cuerpo glorificado. Estaba enfermizo y padecía, y se hizo impasible: era pesado, opaco, mortal, y se trasformó en ligero, trasparente é inmortal.

¡Oh cuerpo bienaventurado de mi Salvador, cuánta belleza *te adorna!*... ¡cuánta gracia *te decora!*... ¡cuánta luz *te reviste!*... ¡cuánta majestad y gloria *te rodea!*... Sí, en su primera florescencia, el vástago de Jesé fué el más bello entre los hijos de los hombres. En esa nueva florescencia está la belleza misma, *la misma gracia, la misma luz*; porque en ella se ve penetrar por todas partes la hermosura, la gracia y la luz del Hijo de Dios (1).

(1) Refloruit Dominus, cum resurrexit.

Trasformado de ese modo, aquel divino cuerpo se lanza fuera del sepulcro sin quebrantar sus puertas: lo mismo dice San Agustín, que al nacer salió del seno de su divina Madre sin alterar su virginidad (1).

¡Oh judíos tan insensatos como malvados! ¿De qué os sirvió, exclama San Gregorio, el rodear de empalizadas el sepulcro, cercarle con centinelas, cerrar la entrada con una gran piedra, y poner en ella el sello de la sinagoga y del Imperio? Encerrando de ese modo el cuerpo del Señor, ¿habéis podido encerrar también su divinidad? La muerte, que puede retener al hombre, no puede aprisionar á Dios (2). El sepulcro no podía, pues, retenerle, porque el universo entero no basta á circunscribirle (3).

¡Cuán hermoso es, añade San Pedro Crisólogo, cuán nuevo ese prodigio!... ¡Hé ahí suspendido y cambiado el orden natural!... Los sepulcros consumen los cadáveres, y ¡hé ahí un sepulcro que devora la muerte misma!... Sí, la tumba ha concebido; recibió un cuerpo muerto, y devuelve un cuerpo vivo (4). Y ese segundo nacimiento, añade San León, es todavía más admirable y más asombroso que el primero. El seno de la Virgen dió á luz á Jesucristo sujeto á la muerte, y el sepulcro le produce hoy dotado de una vida inmortal (5).

A ese gran prodigio de su propia resurrección, Jesucristo hizo suceder, casi en el mismo instante, el prodigio de la resurrección de muchos Patriarcas, muertos ya hacía largo tiempo, y los envía á Jerusalén á mostrarse

(1) Sicut ex intactis matris visceribus, salva virginitate processit. (*San Agustín.*)

(2) Cum Deus sit, morte teneri non poterat. (*San Gregorio.*)

(3) Quem mundus non capit, nec sepultura custodit. (*Ibid.*)

(4) Mutatur ordo rerum; mortem non mortuum devorat sepulchrum; uter nova formam ortuum concepit, perit vivum. (*San Pedro Crisólogo.*)

(5) Illa corpus mortale genuit: hoc edidit immortale. Religiosior ista quam illa nativitas. (*San León.*)

á un gran número de personas, y hacer más solemne y más auténtica la resurrección del Maestro, pues que ellos, servidores suyos, acababan también de ser resucitados (1).

A esos prodigios, que pertenecen al orden de la gloria, acompañaron otros prodigios en la naturaleza. En el mismo momento en que Jesucristo salió triunfante de su sepulcro, tuvo lugar un grande temblor de tierra, según el Evangelio (2).

Y así, la tierra, temblando de júbilo en aquel momento, como había temblado de horror y de espanto en el instante de la muerte del Salvador, atestiguó que el que acababa de resucitar era verdaderamente su Criador, Rey y Señor. Por otra parte, el sol, que tres días antes se había eclipsado por no alumbrar el deicidio, salió ese día antes de la aurora para festejar con radiante luz la resurrección de Jesucristo, y parecía resucitar con él á una nueva vida, como había parecido morir en su muerte, anunciando también que Jesucristo es el verdadero Criador, Rey y Señor de los cielos (3).

En fin, para completar la gloria de tan grande triunfo, hé ahí que con el júbilo de los amigos sinceros, de los fieles servidores de Jesucristo, contrasta la consternación, el abatimiento y el terror de sus adversarios.

Apenas salió Jesucristo del sepulcro, cuando un ángel, según la narración del Evangelio, descendiendo de los cielos, apartó, por un acto de su poder sobrenatural, la piedra que cerraba la entrada (4), y parecía decir á la

(1) Multa corpora Sanctorum, qui dormierant, resurrexerunt, et exeuntes de monumentis, post resurrectionem ejus, venerunt in Sanctam civitatem et apparuerunt multis. (*San Mateo, xxvii.*)

(2) Et ecce terræ motus factus est magnus. (*Ibid., xxviii, 2.*)

(3) Ut consurgeret auctori suo antelucanus erupit, qui ut suo commoreretur auctori, ipsam suam meridianam mortificaverat vanitatem. (*San Jerónimo.*)

(4) Angelus enim Domini descendit de cælo, et accedens revolvit lapidem. (*San Mateo, xxviii, 2.*)

muerte con desprecio: «¡Oh muerte! ¿En dónde está tu victoria?... ¿En dónde tu triunfo? El traje de aquel ángel, dice el Evangelio, era más blanco que la nieve, y su rostro más temible que el rayo (1).

¡Imaginad la sorpresa y el terror de los que guardaban el sepulcro, á vista de tantos y tan simultáneos prodigios, la tierra que tiembla, la piedra que salta, el sepulcro que parece hundirse, la luz que los deslumbra y el ángel que los amenaza!... El Evangelio refiere que quedaron helados de espanto y como muertos de terror (2).

Los jefes de los sacerdotes, los doctores y fariseos, habían podido presentir ya algo de ese grande acontecimiento. Las numerosas apariciones de Santos, referidas en el Evangelio, debían excitar á cada momento sordos rumores. En la ciudad reinaba la agitación y el desorden: el anuncio de la resurrección, circulando de boca en boca, regocijó á los buenos é hizo estremecer á los malos.

¡Cuáles fueron la rabia y el espanto de los principales judíos, cuando á los vagos rumores de la multitud se unió el testimonio de los guardas que acudieron temblorosos á referir lo que habían visto! Al oír aquella nueva, los principales sacerdotes, con la palidez en el rostro y la rabia y la consternación en el corazón, se reunieron en consejo, y después de una larga discusión con los ancianos del pueblo, llamaron á los guardas y les dieron tanto dinero como podían apetecer (3). «Id, les dijeron, y

(1) Erat autem aspectus ejus sicut fulgur, vestimenta autem ejus sicut nix. (*Ibid.*, xxviii, 3.)

(2) Pro timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui. (*Ibid.*, 4.)

(3) Ecce quidam de custodibus venerunt in civitatem et nuntiaverunt principibus sacerdotum omnia quæ facta fuerant. Et congregati cum senioribus, consilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus. (*San Mateo*, xxviii, 11, 12.)

guardaos muy bien de referir las cosas tales como han pasado. Decid que durante la noche, y mientras dormiais, los discípulos de Jesús se dirigieron al sepulcro y sacaron el cuerpo. No tengáis cuidado por las consecuencias, pues nosotros nos encargamos de arreglarlo con el presidente y de ponerlo á cubierto (1).»

¡Perversidad profunda!... ¡Infernal obstinación de voluntades rebeldes á la luz de Dios!... ¡Procurando encubrir por medios tan bajos la resurrección del Señor, reconocían ellos mismos la verdad, y rehusaban creer lo que no podían negar!...

Recordad aquí, hermanos míos, que durante la agonía de Jesucristo sobre la cruz, esos mismos judíos insultaban su dolor, y le decían: «Si eres verdaderamente Hijo de Dios, baja de la cruz; por esa señal reconoceremos tu divinidad (2). No convenía entonces al amor del Salvador interrumpir la grande obra de nuestra salvación. No convenía, ni á la majestad de Dios, ni á la independencia del Árbitro Supremo arreglar la economía de sus prodigios á las pretensiones insensatas y blasfemadoras de los más viles y malvados de los hombres. Jesucristo, pues, no respondió entonces á aquel insolente desafío, ó, por mejor decir; respondió sustituyendo á los prodigios de poder que se le pedían los prodigios todavía más grandes de su caridad. Respondió pidiendo para ellos á su padre el perdón de su nuevo crimen.

Pero era también digno de su amor y de su Majestad divina que, rehusando á los judíos el prodigio tan insolentemente solicitado, obrase otro todavía mucho mayor, y más capaz de confundir á un tiempo mismo su obsti-

(1) Dicentes: dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, vobis dormientibus. Et si hoc auditum fuerit á presule, nos suadebimus ei, et securos vos faciemus. (*Ibid.*, 13, 14.)

(2) Si Filius Dei es, descende de cruce... Si rex Israël est, descendat nunc de cruce, et credimus ei. (*San Mateo*, xxvii, 40, 42.)